

Ulrich Beck, *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*

Paidós, Barcelona, 2005

Elva Casabón*

La actual situación mundial ha alcanzado una situación sin precedentes que conforma un panorama complejo en el plano político del tiempo presente. Ante todo, vivimos en un mundo hasta tal punto interdependiente, que cualquier interrupción tiene consecuencias globales inmediatas. Sin embargo, nuestra época es aún la de los Estados-naciones, área en la que la globalización no funciona. Frente a los valores del viejo Estado nacional, Ulrich Beck describe la sociedad nacional cosmopolita, autónoma pero abierta a la cooperación y a una cohesión internacional que, manteniendo la diversidad, amortigüe las tensiones de las diferencias y luche contra los peligros globales.

El pensamiento de Beck está marcado por las constantes de una sociedad sometida a fuertes riesgos, frente a la que desarrolla una retórica sobre la seguridad y la prevención ante las catástrofes ecológicas, las crisis financieras, el terrorismo transnacional, la pobreza global y las guerras preventivas. A los peligros se suma la incapacidad de comprenderlos con conceptos al uso y de responder con las instituciones existentes (p.60):

“La mirada cosmopolita quiere decir: en un mundo de crisis globales, y de peligros derivados de la civilización, pierden su obligatoriedad las viejas diferencias entre dentro y fuera, nacional e internacional, nosotros y los otros, siendo preciso un nuevo realismo, de carácter cosmopolita, para poder sobrevivir” (p. 25)

Así, el discurso de Ulrich Beck, también predominante en tantos teóricos contemporáneos,

políticos y medios de comunicación, contagia la fobia del miedo dotando a la seguridad del protagonismo necesario para justificar una argumentación y unas actuaciones que, aunque carezcan de suficiente base teórica, son válidas por perseguir el mantenimiento del status quo existente de los Estados y el bienestar de sus ciudadanos. Tras del 11 de septiembre y en un contexto de globalización, pérdida de soberanía estatal, inmigración y aparición de agentes no estatales en la agenda política internacional, el terrorismo internacional aparece como un enemigo no anclado territorialmente, al que hay que enfrentarse mediante alianzas, y ante el que hay que estar dispuesto a recortar derechos a favor de la seguridad. El problema es que, como veremos, el giro epistemológico de Beck hacia la mirada cosmopolita no plantea las soluciones novedosas necesarias para afrontar esta situación y las causas de la intranquilidad, ni supera el planteamiento de cómo y en qué medida los Estados de bienestar nacional cargan sobre otros Estados y países los riesgos de la pobreza (p. 59).

A fin de probar que la realidad se ha vuelto cosmopolita, Beck distingue una primera modernización, que discurre a lo largo de la industrialización y la creación de la sociedad de masas, de una segunda modernización, propia de una sociedad globalizada inscrita en una etapa de cambio tecnológico. El cosmopolitismo se ha convertido en el sello de esta nueva era, a la que nuestro autor se refiere como la de la modernidad reflexiva, en la que se difuminan las fronteras y diferenciaciones del Estado nacional (p. 10), y donde lo transnacional y lo cosmopolita redefinen lo nacional y lo local (p. 16). Ulrich Beck enfatiza la necesidad de clarificar conceptos sobre esta segunda modernidad que comúnmente tienden a confundirse. Así, distingue el globalismo del cosmopolitismo en cuanto que el primero defiende la idea del mercado global, es decir, las virtudes del crecimiento neoliberal y la utilidad de mover sin obstáculos el capital. Como consecuencia, la globalización económica dificulta el establecimiento de un orden internacional pacífico al debilitar a los Estados débiles, favoreciendo su caída y con ello las guerras civiles, la

privatización de la violencia y finalmente el terrorismo (pp. 202-203). Sin embargo, Beck describe al cosmopolitismo como un proceso multidimensional que ha modificado la importancia de los Estados nacionales, y que supone el aumento de múltiples formas de vida transnacionales, el ascenso de actores políticos no estatales (desde Amnistía Internacional hasta la Organización Mundial del Comercio) y el auge de movimientos de protesta globales contra el globalismo (neoliberal) y en pro de una globalización diferente ("cosmopolita") que propugna el reconocimiento internacional de los derechos humanos, el derecho al trabajo, la protección del medio ambiente, la supresión de la pobreza, etcétera (p. 19). Siempre sin perder de perspectiva la importancia cosmopolita del miedo "Y por si aún necesitáramos una prueba de que también el terror y la guerra han adoptado un aspecto cosmopolita, ahí están el 11 de septiembre de 2001 y la guerra contra Irak para demostrarlo" (p. 103).

Uno de los pilares de esta obra es la redefinición del concepto de lo cosmopolita como "cosmopolitismo realista". Esto quiere decir que ante un nacionalismo que se apoya en alternativas excluyentes ("o esto o lo otro") y en la convicción de que lo propio debe separarse mediante fronteras de lo ajeno para que sean posibles la identidad, la política, la sociedad, la comunidad y la democracia, Beck distingue una mirada cosmopolita que piensa e investiga lo social, cultural y político según las pautas de "no sólo sino también". De este modo se integra la mirada internacional, el "no sólo dentro sino también fuera", determinando múltiples realidades y agudizando la comprensión de las interdependencias globales y cómo estas influyen en el Estado Nacional (p. 50). En definitiva, se trata de una mirada universal localizada, en la que es posible interiorizar la mirada de los otros. Cómo el mundo se plantea la alteridad del otro. "La mirada cosmopolita rompe con el intento de conciencia nacional insular abriéndose al mundo de los otros, respetando a los otros, interiorizando su mirada" (p. 112) Uno de los resultados de esta inclusión del realismo cosmopolita, según la visión del autor, es que legitima el derecho de las

potencias para hacer la guerra en bien de la paz:

“En un mundo de riesgos de interdependencia global, ¿se pueden considerar los asuntos de los otros sólo como asuntos de los otros y cargarlos sobre sus espaldas? ¿O no nos queda otra opción que la de inmiscuirnos en los “asuntos internos de todos” si no queremos traicionar nuestros “propios” valores y poner en peligro “nuestra propia” seguridad?” (p. 78)

A esto se refiere Ulrich Beck con la controvertida continuación del título de la obra *La guerra es la paz*, basada en una contradicción clave para el nuevo cosmopolitismo, y que consiste en que el derecho internacional prohíbe lo que el derecho humano ordena: intervenir en otros países. Es decir, ante la pregunta de si el cosmopolitismo contiene respuestas políticas para una civilización que se ha puesto a sí misma en peligro (p. 182) Beck plantea que es el orden jurídico lo que debe conducir a reconocer y proteger los derechos de los demás, y a contribuir a que las guerras se vuelvan más justas y creíbles. La guerra también se encontraría para nuestro autor en una fase de posnacional que atraviesa y difumina fronteras haciendo su aparición en dos fenómenos: la defensa de los derechos humanos en suelo extranjero y el intento de minimizar y controlar estatalmente el riesgo terrorista global con medios militares (p. 189). Las consecuencias de que ningún Estado posea ya el legítimo monopolio de los medios de violencia supone la afirmación de la nueva desfronterización de la responsabilidad con la subsiguiente pérdida de la soberanía de los Estados; y, al mismo tiempo, el riesgo de que los Estados débiles y pobres _ si reconocen la validez general de los derechos humanos_ firmen a los Estados ricos y poderosos un cheque en blanco para una “intervención legítima” (p. 199).

Otro tema persistente en el pensamiento de Beck es la apertura cosmopolita de Europa. Sugiere que Europa necesita unificar formas de vida y reconocer que, en un mundo

inseguro, todos somos iguales y diferentes:

“Nadie se puede sustraer a la relación de responsabilidad de la sociedad del riesgo. Mientras los europeos nos ocupamos de nosotros mismos, no dejan de aumentar los actuales riesgos globales, y no sólo para Europa. Mientras todos los gobiernos y poblaciones sigan segregándose mutuamente en el plano nacional, los países y las culturas seguirán también cayendo en el caos y la ruina, siendo simple cuestión de tiempo el efecto letal que las dependencias globales ejercerán también sobre las naciones ricas y poderosas” (p. 243).

Como hemos visto, Beck defiende a nivel global “un plan de acción común” por el que los Estados dejen atrás las diferencias y colaboren a fin de incrementar “nuestra seguridad” compartiendo modelos y políticas multilaterales, que pasen por el fortalecimiento de Naciones Unidas y de la legalidad internacional, de modo que se legitimen los esfuerzos de la comunidad internacional para combatir, prevenir o disuadir el terrorismo. El realismo cosmopolita es, en definitiva para nuestro autor, el único camino posible para maximizar los intereses nacionales en esta era de peligros y crisis globales que amenazan a los Estados traspasando las fronteras entre lo nacional y lo internacional.

El libro aquí presentado tiene la virtud de analizar la complejidad de la época a través de fenómenos como la inmigración, el nacionalismo, la guerra y la paz, y el terror; acorde con los problemas de la nueva sociedad, la democracia, o los derechos humanos. Sin embargo, Beck parece prescindir en su argumentación de una profunda base teórica en relaciones internacionales, lo que nos recuerda a sus autores contemporáneos, y a la repetición en los textos actuales de temas e ideas recurrentes al cosmopolitismo y a la globalización para explicar y justificar la situación y los problemas actuales y potenciales, con una orientación más práctica y descriptiva que teórica y profunda. Así mismo, la insistencia de Ulrich Beck en el discurso de la seguridad no soporta una profundización en

las verdaderas causas de los conflictos, reformulando un cosmopolitismo imperialista que se justifica en la incertidumbre y el riesgo. Mark Duffield^[1] se refiere al discurso del desarrollo como pieza clave para entender la seguridad; desde aquí podemos comprender mejor la mirada cosmopolita de nuestro autor, donde la exclusión del Sur supone una amenaza de la estabilidad internacional, a partir de las crisis locales que acaban teniendo consecuencias negativas para la economía mundial, provocadas por conflictos, avalanchas de refugiados, terrorismo, etc. Dentro de esta estructura, el subdesarrollo se ha convertido en un peligro para la posición desde la que escribe Beck, una Europa asaltada por el riesgo.

^[1] M. Duffield, *Las nuevas guerras en el mundo global. La convergencia entre desarrollo y seguridad*. Catarata, Madrid, 2004.